

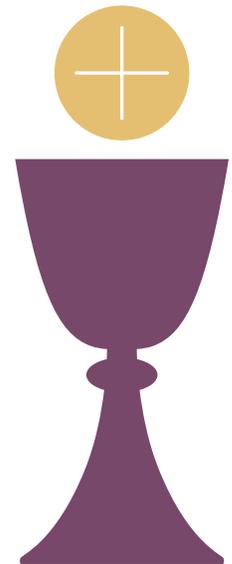
Eucaristía, anticipo de la vida eterna

No hay un tema tan doloroso y difícil de comprender como el tema de la muerte. Y no hay una declaración de Iglesia más sensible sobre este tema que la que ofrecieron los Padres del Concilio Vaticano II (1962–1965) en la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno*:

“El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano” (18).

Los Padres conciliares afirmaban que el deseo de la vida eterna es un anhelo profundamente humano que Dios el Creador puso en nuestra propia naturaleza. Y el temor a la muerte y las luchas que la rodean son algo que los creyentes comparten con todos los seres humanos.

Entonces, ¿qué puede la Iglesia aportar al mundo, más allá del compartir compasivo de nuestra condición humana que tenemos en común? Los Padres del Concilio fueron también muy claros: los cristianos son bendecidos con una esperanza segura y cierta de que la muerte no es el final. Por medio de la Revelación Divina sabemos que Dios ha preparado un glorioso destino para aquellos que lo aman. No estamos hechos para la muerte. Estamos hechos para la vida eterna con Dios. Este futuro se revela y se hace posible por medio de Jesucristo, nuestro Salvador.



SU PASIÓN Y MUERTE CONDUCEN A LA VIDA

Paradójicamente, Jesús nos mostró el camino a la vida eterna al aceptar una muerte terrible y humillante. La muerte de cruz era una de las formas más atroces de ejecución pública entre las que se practicaban en el antiguo Imperio Romano. Jesús no se alejó del dolor humano, redimiéndonos a una distancia segura. Más bien, atravesó directamente el peor sufrimiento físico y el abandono espiritual, dando su vida por el bien de todos nosotros. Y Dios lo resucitó.

La acción de Dios de resucitar a Jesús de entre los muertos ha tenido un profundo efecto en nosotros, aunque solo nos demos cuenta vagamente. Por la resurrección el futuro de Dios ha entrado en el tiempo y la historia. Realmente podemos tocar la vida y resurrección prometidas que nos esperan a todos, si creemos en el Señor Resucitado.

Con el fin de la Cuaresma y el inicio de la Semana Santa sabemos que la alegría de la Pascua se acerca. Pero hay que caminar primero con Jesús en la senda al Calvario. La senda hacia la Pascua pasa por el Viernes Santo. Creer en la verdad de la historia cristiana significa enfrentarse honestamente a la inevitabilidad de la muerte. Sin embargo, también significa aferrarse a la promesa de la vida eterna. Los cristianos en el trascurso de la historia han creído que al morir y resucitar, Cristo ha triunfado sobre la mismísima muerte. Y comparte su victoria con nosotros –el don de la vida eterna– en la Eucaristía.

UNA COMIDA VIVIFICANTE

“Jesús les dijo: ‘En verdad les digo que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él’” (Juan 6,53–56).

En este pasaje, san Juan Evangelista nos relata una promesa asombrosa. Los que comen la carne y beben la sangre de Jesús estarán tan firmemente unidos a él que van a compartir su vida para siempre. El pasaje señala hacia la Eucaristía.

¡Qué regalo tan impresionante! Estas palabras deberían hacer que nos maravilláramos de lo que recibimos en la Eucaristía. Es realmente la comida que nos lleva a la unión con nuestro Salvador y nos da la vida divina, una vida que nunca pasará. Hoy en día, cuando compartimos la Eucaristía, comiendo el pan y bebiendo el vino consagrados, recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo Resucitado. Recibimos la vida de Cristo para que podamos permanecer siempre con él. Nuestra comunión con Dios por medio de Jesucristo, es más fuerte que la muerte.

Las palabras del Evangelio según San Juan nos interpelan con gran fuerza. Sin embargo, es importante recordar que el mensaje de la Resurrección también tiene un carácter social. Como el teólogo Thomas Rausch ha observado: “No vamos al cielo solos, sino acompañado por otros, los que hemos ayudado u obstaculizado en el camino a la vida eterna, cuyas vidas se entrelazan inseparablemente ahora con la nuestra”. El banquete eucarístico, compartido con los que están en el Cielo y en la Tierra, es una imagen perfecta de nuestra esperanza en la vida eterna. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice: “por la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del Cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos” (1326).

REFLEXIÓN

¿Cómo pueden los sencillos dones de pan y vino conferir una vida que nunca acaba? Dedica tiempo para reflexionar sobre las promesas de Cristo. ¿Cómo puede ser la Eucaristía un anticipo del banquete del Cielo? Dedica tiempo para reflexionar sobre la ‘gran reunión’ que esperamos en la vida futura.

ACCIÓN

Las liturgias de Semana Santa nos pueden fortalecer en la esperanza de vida eterna. Este año participa tan plenamente como puedas. Cuando la Resurrección se anuncie en el Evangelio de la Pascua, da gracias por la vida que te trae.

ORACIÓN

Dios de esperanza, alegría y resurrección, gracias por la Eucaristía. Ponemos en tus manos todas las cargas que llevamos, todos nuestros miedos a la muerte y a morir. Abre tus manos, oh Señor de Vida, y aliméntanos una vez más.



AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org